

Sandra Miró

TAL Y
COMO
ERES



Kevin y Clara son mellizos y pelirrojos; son parecidos, pero no iguales.

Kevin tuvo que irse de casa con catorce años, ya que sus padres no aceptaban tener un hijo trans. Gracias a su tía Cecilia, dio con un hogar en el que se le quería y respetaba tal y como es él. Y, aunque lo ha intentado, nunca ha conseguido tener una pareja duradera. Se ha llevado tantos chascos y desilusiones a lo largo de su vida, que ha dejado de creer en el amor.

Clara se enamoró joven de su ansiado y supuesto príncipe azul, y todo empezó a girar en torno a él. Pero una noche se da cuenta de que de príncipe no tiene ni el blanco de los ojos. Así que decide dejar atrás sus planes de futuro, cambiar de aires y mudarse a Madrid con su hermano.

¿Conseguirá Kevin recuperar la esperanza de amar y ser amado? ¿Se quedará Clara anclada en el pasado o conseguirá rehacer su vida? Descúbrelo en *Tal y como eres*, la nueva novela de Sandra Miró.

Para mi hermana de vida, también llamada
«reina del *hype*»,
porque siempre que dice que tiene que
contarme algo
no lo hace hasta ocho horas después.

Somos muy diferentes, pero ahí está la gracia,
¿no?

Además, a veces la vida es tan sencilla
como querer a alguien tal y como es.

Capítulo 1

Valencia, 16 de agosto de 2004

–¡MARCOOO! –grita Clara.

–¡POLOOOOOOOOOOOOO! –responden las otras niñas antes de meter las cabezas bajo el agua y bucear para que no las pillen.

Hoy, en casa de los Rueda Torres están de celebración.

¡Es el cumpleaños de las mellizas!

Aunque..., bueno, técnicamente solo es el cumpleaños de Clara, ya que Karen nació a las 00.16 horas del 17 de agosto.

Pero eso nunca les ha impedido celebrarlo juntas.

De hecho, les encanta.

–¿De verdad no se cansan nunca de ese juego? –se queja Tatiana.

–Llevan una hora con lo mismo... –le responde Carlos.

Ambos son primos de las mellizas, y parece que están algo cansados de oír una y otra vez lo mismo.

–Vosotros también jugabais a eso hace nada. Os acordáis, ¿no? –comenta irónicamente la tía Cecilia.

Todos los años, la familia celebra los cumpleaños de las pequeñas en la casa que el abuelo tiene en Cullera.

Aprovechan siempre que pueden para ir allí. Ya sea verano, días festivos o fines de semana.

Cecilia mira a su alrededor, el chalet está lleno de gente.

Niños y niñas jugando mientras los mayores toman el sol, charlan y beben algo fresquito.

–Cecilia, ¿sabes dónde está Karen? –le pregunta María José, la madre de las mellizas.

Cecilia sabe lo que está haciendo su sobrina, y es consciente de que no será del agrado de la madre, como casi nada de lo que hace la pobre cría.

–Está allí jugando –responde señalando la parte más alejada del jardín.

María José mira hacia donde esta le indica y ve a un grupo de niños y niñas jugando con las pistolas de agua. Acto seguido, deja escapar un sonoro suspiro.

–Siempre igual con Karen, no hay manera... –se lamenta–. Yo no sé para qué le compro ropa, si todo acaba igual.

Cecilia niega con la cabeza.

–Lo que no sé yo es cómo se te ocurre ponerle un vestido nuevo hoy, Marijose –musita observando cómo la niña corretea y se aparta el pelo mojado de la cara.

María José mira a su cuñada y pone los ojos en blanco. Para ella lo primero es la apariencia, y, si pudiera volver atrás, le pondría el mismo vestido.

–Venga, vayamos a por las tartas –dice Cecilia.

Ambas mujeres se dirigen a la cocina.

–Joanot –María José llama la atención de su marido–, prepara la cámara y diles a las niñas que se sequen y vengán a la mesa. Voy a por las tartas.

Él asiente sin mirarla, está hablando con sus dos hermanos.

Llegan a la cocina.

María José abre la nevera, saca dos cajas rosas y las coloca en la encimera.

Como se las ha encargado a su cuñada, aún no las ha visto.

Abre ambas cajas y arruga el ceño.

–¿Por qué no son iguales? –No tarda en quejarse.

Cecilia duda qué responder, pero al final opta por ser sincera.

–Que sean mellizas no quiere decir que sean iguales... Les pregunté de qué les gustaría que fueran las tartas y, como ves –dice señalando una de ellas–, Clara me pidió que fuese de Blancanieves, mientras que Karen me dijo que la quería de Scooby-Doo.

María José mantiene el semblante serio. No le hace ni pizca de gracia ese cambio de planes.

–¡Cómo se nota que no tienes hijos! –exclama–. Esto puede crear envidias y peleas; eres consciente, ¿no?

A otra persona podría haberle dolido el comentario, pero a Cecilia le da igual. Precisamente, su matrimonio no va tan bien como para pensar en bebés.

María José no está contenta con las tartas. Fue muy clara con su cuñada acerca de la decoración de las mismas. Debían ser las dos iguales y de princesas.

–Deja que las niñas vean las tartas y ya veremos si hay algún problema –propone Cecilia, pues sabe que no habrá ninguno.

Ha pasado muchas horas con las pequeñas como para saberlo. De hecho, a veces siente que las conoce mejor que sus propios padres.

–Toma, cuñada, las velas –dice sacándolas de su bolso para intentar cambiar de tema.

María José coloca un número 9 en cada tarta.

Cecilia enciende las velas y, una vez han cogido los pasteles, se dirigen al jardín.

En cuanto ponen un pie fuera de la casa, todo el mundo comienza a cantar al unísono el *Cumpleaños feliz*.

Las cabezas de las dos niñas pelirrojas se giran y sus ojos se iluminan al ver las tartas.

Madre y tía ponen las tartas frente a ellas.

–No olvidéis pedir un deseo –les dice Cecilia al dejar la suya delante de Karen.

En cuanto entonan la última nota de la canción, todo el mundo aplaude.

Las mellizas se miran, sonríen y soplan las velas.

Su madre se acerca para comenzar a repartir los pasteles y que todo el mundo los disfrute.

–¿Qué habéis pedido? –Se interesa.

–Es un secreto –responde Karen de manera cortante.

Hay tensión entre ellas, Cecilia se da cuenta.

María José les da un platito con una porción de tarta a cada una. Karen lo coge y se aleja.

Rápidamente su tía se hace con una porción de pastel para ella y se acerca a la niña. Luego se sientan en un banco.

–¿Qué tal la tarta? ¿Te gusta?

–¡Me encanta! Y encima de Scooby-Doo –responde la pequeña mientras mastica.

Durante unos segundos se quedan calladas, disfrutando del dulce.

Cecilia se fija en cómo María José posa para hacerse una foto con Clara, pero no llama a su otra hija.

–Cariño, ¿pasa algo con mamá?

La niña la mira muy seria.

–Siempre pasa algo con mamá...

La tía se queda callada, prefiere dejar hablar a Karen.

–Esta mañana hemos ido a la peluquería porque ella quería que estuviéramos guapas para esta tarde –le explica–. Nos ha preguntado si queríamos hacernos algo especial, y Clara ha dicho que quería flequillo, como Daphne de Scooby-Doo. Y la ha dejado.

–Clara está muy guapa con flequillo –opina Cecilia.

Karen asiente.

–Sí, está muy guapa. Pero cuando yo le he dicho que quería cortarme el pelo corto como Vilma, la otra chica de Scooby, no me ha dejado –añade enfadada.

Cecilia mira muy seria a su sobrina.

–¿Por qué?

Karen deja el plato con la tarta sobre el banco.

–Porque el pelo largo es de chicas y el pelo corto es de chicos –responde gesticulando mientras imita a su madre.

A Cecilia le hace gracia, pero no está nada de acuerdo con la respuesta que María José le ha dado a su hija.

–¿Y yo qué soy? –replica.

Karen mira a su tía, que siempre lleva el pelo corto, más corto de lo que ella le ha pedido a su madre.

–Según mi madre, no eres una chica. Pero según yo sí lo eres; el pelo da igual, tía.

–Exacto –dice Cecilia–. El pelo da igual. Cada uno lo lleva como quiere, ya sea chico o chica.

Karen asiente y luego pregunta mirando a su madre:

–¿Tú crees que mamá me dejará cortarme el pelo algún día?

Su tía suspira.

–Seguro que sí, cariño –miente.

Conoce cómo piensan su cuñada y Joanot, y Karen lo tiene complicado.

Las dos disfrutan de la tarta mientras charlan de todo un poco, hasta que María José llama a la niña.

Es hora de abrir los regalos.

Las mellizas se sientan y empiezan a abrir los regalos que les van dando.

–¡Qué guay, un collar de corazón! –exclama Clara al abrir una cajita.

Karen abre otra igual y saca el mismo collar.

–Qué bonito –dice.

«Qué manía de regalarles cosas iguales por ser mellizas... Ni que no tuvieran cada una su propia personalidad», piensa Cecilia.

Su madre les da entonces otro regalo más grande.

Clara lo desenvuelve y ve un disfraz de princesa.

–¡El que yo queríaaaaa! –exclama.

Karen ve el regalo de su hermana e imagina que el suyo es el disfraz de Power Ranger negro que le pidió a su

padre.

Pero..., no, es otro disfraz rosa de princesa.

María José se lo quita de las manos a ambas.

–Esto no os lo podéis poner hoy, que lo mancháis.

–Jopéééé –se queja Clara.

Para Karen, en cambio, la noticia supone un alivio.

Las niñas abren ahora dos CD de música.

–¡El que yo quería! –exclama Karen al ver el disco de Merche.

–Y yo el de Bisbal –añade Clara con una sonrisa–. Qué bien, así podemos ponerlos en la minicadena que nos trajeron los Reyes Magos.

Poco después abren unos diarios.

–¡Qué guay! –dice Karen, contenta de ver por fin cosas que sí ha pedido.

–Qué chulos, el mío tiene una flor rosa y el tuyo una mariposa azul –comenta Clara.

Y, minutos después, llega el último regalo. El paquete más grande.

Su madre les explica que es para las dos, por lo que tendrán que compartirlo.

Las mellizas creen saber qué es. Tras mucho hablar entre ellas en la habitación, Karen consiguió convencer a su hermana para pedirles a sus padres un Scalextric por su cumpleaños.

Entre las dos rompen el envoltorio y ven el gran regalo.

–¡Qué bonitaaaaa! Así podemos jugar con las Barbies –grita Clara emocionada.

Karen le sonrío a su hermana y luego mira la caja.

Es una enorme caravana rosa de Barbie.

La niña mira a su tía y esta, viendo su cara, sonrío y le muestra los pulgares arriba. Pero Karen simplemente alza los hombros.

* * *

Horas más tarde solo quedan adultos en casa, así que María José y Joanot mandan a las mellizas a su habitación.

Ellas lo hacen sin rechistar y se sientan en el suelo con todos los regalos.

–Cuántas cosas nos han regalado hoy –comenta Clara.

Con el CD en las manos, Karen responde sin mucho entusiasmo:

–Sí, ojalá fuese nuestro cumple todos los días.

–¿Te han traído todo lo que has pedido?

Ella mira a su alrededor.

–No, pero estos regalos están bien –miente.

Clara nota que su hermana no está muy contenta.

–Dame, que pongo el disco en la minicadena.

Alarga el brazo y coge el CD de Karen.

Lo mete en el aparato y toca los botones. Al cabo de unos minutos suena *Abre tu mente*, de Merche.

Las niñas bailan y disfrutan de la música durante un rato, lo que consigue animar a Karen.

Cuando ya están cansadas, se sientan en la cama.

Clara se queda mirando los diarios que les han regalado.

–¿Tú sabes qué se escribe en un diario?

–No sé..., ¿secretos?

Karen se levanta y coge los dos diarios.

Le da el de la flor a su hermana.

–¿Se pueden poner deseos?

Karen mira dentro del diario.

–No tiene instrucciones –dice.

Tras unos segundos, pensando, Clara propone algo:

–¿Y si hacemos una lista de las cosas que queremos para cuando seamos mayores?

–¿Como qué?

–Yo quiero ir siempre vestida de princesa.

Karen arruga la cara.

–¿Podemos poner cosas distintas?

–Claro. Tú pones lo que tú quieras en tu diario y yo pongo lo que yo quiera en el mío.

Karen sonríe y a continuación escribe:

DESEOS PARA CUANDO SEA MAYOR:

- Cortarme el pelo.

Capítulo 2

Valencia, 16 de agosto de 2018

–¿Te ha gustado la sorpresa, Gordi? –pregunta Vicent tras sentarse en el coche y abrocharse el cinturón.

Clara lo mira con una sonrisa, mientras en su cabeza da mil vueltas a qué contestar.

Por un lado, ha sido todo un detallazo que Vicent la invite a cenar por su cumpleaños. Pero, por otro, podría habérselo currado un poco más, y no simplemente invitarla al McDonald's que les pilla más cerca de su casa.

–¡Claro! Me ha encantado, *Gordi* –decide responder con cierto retintín.

Siempre ha odiado que su novio use el apelativo «Gordi» o «Gorda» para referirse a ella de manera cariñosa. Para Clara, eso no tiene nada de cariñoso. Le ha costado mucho llegar a aceptarse tal y como es.

Pero, por mucho que se lo diga, él acaba haciendo lo que quiere. Como siempre.

–Pues vamos a casa y, si están estos allí, vemos una peli o algo, ¿no?

La pelirroja simplemente asiente. «¡Qué noche tan romántica!», piensa.

Con lo de «estos», sabe perfectamente a quiénes se refiere. Vicent comparte piso con Manu, su amigo de la infancia, y con Dani y Julen, dos chicos a los que conoció en la pizzería en la que lleva trabajando unos meses como repartidor.

A Clara, pasar la noche de su cumpleaños viendo una película que ni siquiera le dejarán elegir le parece una mierda de plan. Pero tampoco quiere herir los sentimientos de su novio.

Él arranca el motor, pone la radio y se enciende un cigarro.

–Te he dicho mil veces que no me gusta que fumes en mi coche...

–Bah, tranqui. Bajo la ventanilla –responde Vicent apretando el botón para que esta baje.

Resignada, y sin ganas de discutir, y menos el día de su cumpleaños, Clara baja la mirada y sus ojos se encuentran con los de la pequeña perra que lleva sentada encima de las piernas. Y no puede evitar sonreír.

Cora es una teckel de unos ocho kilos color marrón oscuro, con pelos cortos y largos desperdigados por el todo el cuerpo.

La perrita fue un regalo que le hizo Manu a Vicent hace tres años por su cumpleaños. Él aceptó encantado, pero, tal y como lo avisó Clara en aquel momento, un perro conlleva muchas responsabilidades y gastos.

Los primeros días a Vicent le hacía gracia la perra, jugaba con ella, le compró una camita, el pienso de cachorro y algún juguete.

Pero, el día que la llevó al veterinario y fue consciente del precio de las vacunas que esta necesitaba, ya no le hizo tanta gracia.

A las dos semanas, Vicent ya estaba harto de limpiar pises, de encontrar calcetines rotos por todos lados, de sacarla a la calle cada dos por tres y de escuchar a su novia recordarle constantemente que debía ponerle las vacunas y hacerse cargo de la que ahora era su mascota. Entonces llegó el día en que, en una de sus múltiples discusiones, Vicent le dijo a su novia que, si tanto le preocupaba la perra, se la quedase. Y eso hizo Clara.

Llevó a la pequeña *Cora* al veterinario, le puso todas y cada una de las vacunas que necesitaba y le colocó el microchip con sus datos en él.

Antes de que la chica se dé cuenta, el coche aminora la marcha. Han llegado a casa de su novio.

Aparcan y suben al tercer piso. Al llegar frente a la puerta, oye música alta y ruido dentro. Tampoco le resulta raro: en esa casa el silencio es algo que no conocen.

Vicent mete la llave en la cerradura y abre la puerta.

—¡Sorpresaaaaaaa! —grita un grupo de gente en el interior de la casa.

Clara alucina.

¿Le ha preparado una fiesta sorpresa? ¿Vicent?

Hay gente que conoce y otra que no, así que primero saluda a los que sí.

—Pero ¡qué haces aquí?! —exclama abrazando a su amiga Inma—. Esta mañana me has dicho que hoy era imposible vernos.

—¡Sorpresas te da la vida! —contesta ella riendo. Le quita a *Cora* de los brazos y le pone una cajita rosa en las manos a la cumpleañera—. Además, para una vez que Vicent me escribe para algo bueno, habrá que hacerle caso.

A Clara le hace gracia ese comentario. Por todos es sabido que Inma y Vicent son como el perro y el gato. Han tenido millones de encontronazos, sobre todo cuando la pareja discute y luego él acude buscando a Clara pidiendo perdones que no valen de nada.

Abre la caja que su amiga le ha dado y se le instala una sonrisa en la cara.

—¡Muchísimas graciassssss! Eres la mejor. Cómo se nota que me conoces —dice sacando una pulsera de Tous rosa y volviendo a abrazarla.

Inma sabe que si hay algo que le gusta a su amiga es la marca Tous.

Clara está encantada con su regalo. Y más teniendo en cuenta que los regalos que le ha hecho su novio han sido

un kit de depilación y una colonia que ni siquiera es la que ella utiliza...

Mientras Inma le hace monerías a *Cora*, Clara aprovecha y saluda a los demás.

–¡Hola, chicas! –dice acercándose a Cintia y Amanda, las novias de Manu y de Julen.

–Hola, guapaaaa. ¿Te ha gustado la sorpresa, Clarita? –pregunta Amanda.

–Ni te imaginas lo difícil que ha sido cuadrar a estos entre trabajos y horarios. Pero al final lo hemos conseguido –añade Cintia.

A Clara se le enciende la bombilla con esos comentarios.

–¡Me encanta la fiesta! Entonces... ¿ha sido idea vuestra?

–Sí, pero los chicos no dudaron en sumarse desde el minuto uno –no tarda en aclarar Cintia.

«Lo sabía. Sabía que esto no era idea de Vicent...»

Inma levanta y mueve la mano para llamar la atención de su amiga. Cuando lo consigue, le hace saber que va a la terraza a fumar y que se lleva a *Cora*. Clara asiente y sigue hablando con las otras dos chicas.

–Oye, qué bonito es ese vestido color caqui que llevas. ¡Me encanta! –expresa Amanda.

–¿Sí? Me lo han regalado mis padres hoy.

–Pues, Clarita, ya me estás diciendo de qué marca es, porque te lo voy a copiar.

Ella ríe ante el comentario de la rubia.

* * *

Las horas pasan y el alcohol y lo que no lo es van haciendo mella. Porque si hay algo que verdaderamente Clara no soporta de Vicent son sus vicios y los de sus amigos.

«Joder, cómo huele a porro aquí dentro. Necesito aire fresco».